

Contra la primera vez

Ramón Castillo

AHORA, EN TIEMPOS ELECTORALES donde se escuchan propuestas disímiles e insustanciales, uno podría pensar que pese a nunca dejar de hacerse presente la desfachatez, junto con el oportunismo, no sería extraño escuchar que los cándidos candidatos nos ofrecieran “primeras veces para todos”, en un afán de retórica *plus quam perfectus*. La demagogia llegaría a niveles superlativos cuando en sus discursos prometieran a los pobres entrar, por primera vez, a la clase media; a los de clase media, a las clases altas; a los de clases altas, a las élites, y a los paupérrimos comer carne una vez al año por primerísima ocasión. Pero eso, sabemos bien, nunca sucede.

Sin embargo, nosotros tenemos bien en claro que lo que le quita elegancia y sofisticación a las primeras veces es que todos hemos tenido alguna. Es una suerte de igualdad políticamente correcta en la que el derecho inalienable de cualquier sujeto consiste en tener en su vida, al menos, una primera vivencia de casi todo lo que a su alcance pueda vivir.

Todos esos demagogos no saben que la primera vez pertenece casi al orden de las garantías individuales, no se puede sustraer. Claro, la



Ilustración: F. Barnard para *The life and adventures of Nicholas Nickleby* de Charles Dickens, 1875

experiencia que cada uno encarne estará supeditada a los caprichos de la fortuna y a las veleidades del salario mínimo y, en tiempos intranquilizadamente recientes, a las devaluaciones en turno.

Pese a tales consideraciones, el gozo de una primera vez, en teoría, no se le puede evitar a nadie. Compañías y multinacionales, sistemas económicos, gobiernos y escuelas lo saben, lo promueven, lo expropián, lo manipulan. La primera vez de cada uno habrá de ser un momento *MasterCard* que recordaremos por siempre.

Hace tiempo se decía, con un tufillo de cursilería, que nos podrían quitar las flores mas nunca la primera. Bueno, aquí vale la pena parodiar aquella frase diciendo que no nos podrán quitar las primeras veces y mucho menos su recuerdo.

Esto último nos lleva a nuestro principal problema. Para algunos de nosotros, especialmente los pertenecientes al “Club contra las primeras veces”, hay un prurito en tales exabruptos. Detestamos las primeras veces y condenamos que duren demasiado en el recuerdo. Existe un apego demasiado romántico a tales rememoraciones, a la recreación de aquella lejana primera vez. Consideramos que el recuerdo no es, ni debe ser, trasunto de la vivencia, acaso un carril en contraflujo pero jamás una avenida entera.

Pasar el tiempo recordando con arterioesclerótico aburrimiento lo pasado, me dijo una elegante dama, le quita el glamour y el buen gusto a cualquier aferrado a sus primeras veces. Los eufóricos por tales reminiscencias son, según su experiencia, aburridos y letalmente impotentes. Pintan sus casas de colores pastel además de cargar, en todo momento, gel antibacterial.

Pero regresemos con nuestra Dama. Decía ella, arrobada en la contemplación de sí misma, con un cigarro en la mano y hablando con voz a lo Marlene Dietrich, que detestaba pensar en su primera vez. “Qué fastidio, querido, qué fastidio tener que pensar en eso. Qué falta de creatividad, ¿no te parece? Yo, en lo personal, en lugar de recordar y recordar, prefiero vivir y vivir. Para mí, todas las noches, corazón, son noches de primera vez”. Me pareció acertado y bien encaminado su razonamiento, así que le pagué, me vestí

y salí a combatir el afán melancólico suscitado por las experiencias iniciáticas.

Para los miembros del “Club contra las primeras veces” es claro que en materia de hábitos se sobrevalora la añoranza frente a la densidad más incómoda del presente. Es más seguro estacionarse en el apartado momento idealizado ya ocurrido, embadurnado con el betún de la modorra, que en la más chocante cotidianidad que vivimos ásperamente a diario. Como diría Groucho Marx, cientos de maridos estarían felices de volver a casa si no fuera porque sus esposas los están esperando. Mejor solazarse en el recuerdo del paraíso perdido en el noviazgo que regresar a casa y aguantar una retahíla de reproches y quejas. Pura decadencia, falta de imaginación de ambas partes.

Por ello, consideramos de particular importancia, para evitar caer en el equívoco del amante de las prístinas ocasiones, tener siempre en mente que la primera vez molesta por su gratuidad y ligereza. Siempre al acecho, uno puede cometerla hasta por descuido. Todo aquél que tenga sensibilidad de artista sabrá que lo fácil es aburrido y que lo aburrido mata. Es claro, pues, que la *madame* tenía razón. Se pierde algo de refinamiento y estilo dejándose engatusar por las causas primeras. Un *impasse* aristotélico, para expresarlo filosóficamente.

Una buena forma para dejar esa inercia de sublimada aficción hacia pasadas ocasiones es recordar lo ya dicho. Las primeras veces son tan comunes, tan accesibles y, por ello, tan carentes de distinción, que siempre habrá de buscarse la manera de comenzar desde en medio todo lo que se emprenda. Siempre es un notable gesto de independencia creativa brincar la primera vez. Grandes personajes lo han hecho y lo han dicho. Nietzsche, en su lúcida locura, le escribió a Ariadna, presa de una revelación, que el *Übermensch* debe evitar las primeras veces. O si no lo dijo, de seguro lo pensó.

Alguien que así lo haga gozará de los beneficios que otorga la actitud mundana, el dandismo de quien sabe bien lo que quiere y hace lo necesario para obtenerlo. El “Club contra las primeras veces” se guía por el espíritu dionisiaco y la voluntad de poder, de poder hacer lo que se le antoje a sus miembros.

Lo mejor, por obvio, para lograr tal resultado es comenzar todo en el segundo intento, jamás tener primeras tentativas, sólo terceras y, por qué no, hasta cuartas y quintas. Dejemos para los pobres de imaginación, los autómatas del mundo, los que fornican siempre en la misma posición, el placer minúsculo de tener primeras veces y regodearse en ellas con afán patético. En lugar de esa banalidad, sugiero abordar con decisión la suprema libertad de quien sólo tiene segundas y terceras veces, jamás primeras.

Un amigo, perteneciente al mismo club que yo, me comentaba, mientras intransigentemente atacábamos todo esfuerzo de hablar sobre las primeras veces, que el regodeo en el recuerdo pormenorizado pertenece más a círculos de lectura y grupos de autoayuda que a nosotros, los aficionados a despotricar contra la sandez de vivir atorados en el pasado y con los ojos cerrados al mundo. “Somos, en un sentido, transtemporal”, dijo con retorcida retórica que no comprendí. Ante mi desconcierto, aclaró. “No nos instalamos en el pasado, sino en un futuro más allá del porvenir que se vislumbra al despuntar el alba de la existencia pletórica de sí”. De igual forma, no entendí del todo lo que decía, pero me gustaba cómo había sonado.

La idea de crear un “Club contra las primeras veces” surgió a raíz de que, sin darme cuenta, me bajé del camión dos cuadras antes del trabajo. Nunca me había sucedido. Cuando llegué, alguien que me había visto bajar antes quiso burlarse de mí al preguntar, con tono socarrón, si me había equivocado. La vergüenza no reside en el error, por supuesto. El bochorno radicaba en tener que admitir que esa era la primera vez que me sucedía. Así que decidí, sin más, contestarle que no. Mentía, pero como todo escritor, supe que esa era mi única fortaleza discursiva.

Mi acto tuvo coherencia porque al verme en fuera de lugar al bajar del autobús respiré hondo, tratando de hacer patente que esa era la sexta o séptima ocasión en que lo hacía; caminé decidido, sobrado y desafiante. De esta manera me salvé de la molesta sensación de primerizo, evadí el penoso trance de todo neófito y el imbécil que me increpó confirmó mi excepcionalidad. Todo, como es evidente, se reduce a la actitud. Wilde

lo hubiera dicho así: “No hablo de mis primeras veces porque las segundas no sólo son mejores, son también más frecuentes”.

Desde que fundara el Club, muchos han sido los beneficiados con la estratagema de brincarse la primera vez con el fin de tener un mayor dominio de la situación. Imaginemos el siguiente cuadro. “No sé qué me pasa. Es la primera vez que sucede, te lo juro, mi vida”. O este otro: “Jefe, usted sabe que esta es la primera vez que lo molesto, entonces, pues a lo mejor, no sé si usted estará de acuerdo, quizá podría aumentarme el sueldo”. Si aplicamos el principio que los miembros del “Club contra las primeras veces” pregonamos, estas situaciones pueden dar un giro drástico gracias a la inteligencia aunada al ingenio. Veamos. “Jefe, esta no es la primera vez que hago una petición de este tipo, por lo que le aseguro que merezco un aumento de sueldo, pues mi trabajo y dedicación así lo avalan”. Casi podemos escuchar un sonido de caja registradora tras esta declaración triunfante. Ahora veamos la otra, que se puede solucionar con un pase maestro, propio no de primerizos: “Amor, no te preocupes, no es tu culpa, suele sucederme en ocasiones. Por eso sé que, si le das unos besitos, despertará de inmediato”. Aquí los comentarios sobran mientras los miembros del Club se ponen de pie para ovacionar.

En el “Club contra las primeras veces”, no obstante, reconocemos la existencia de aquellos que viven a la caza de nuevas vivencias sólo para contar una primera más en su listado. En cierto sentido, es comprensible que para ellos siempre se es, de algún lado, en algún modo, aunque sea durante algunos momentos, virgen. Nosotros, en cambio, no vemos la virginidad como un problema que deba ser combatido tenazmente para luego presumir su pérdida en cada oportunidad, por el contrario, creemos que las primeras veces nos igualan, por ello buscamos distinguirnos al agruparnos entre los que la ven como punto de partida y no como idealizado puerto al que siempre hay que retornar. En el Club estamos decididos a no hablar de nuestras primeras veces, a menos, claro, que lo hagamos por tercera o cuarta ocasión. ■■■